

CAPÍTULO XXVI

Vestigios numerosos de una grandeza que asombra. — La catedral — Santuario de Guadalupe. — Recuerdos del paganismo. — Sacrificios humanos. — El hombre de la naturaleza. — Fundaciones inspiradas por el espíritu católico. — Establecimientos de beneficencia. — Colegio de los huérfanos. — Rasgos de gran caridad. — Colegio de vizcaínos. — La Universidad. — Donaciones piadosas.

Las naciones dejan en pos de si señales evidentes del carácter bajo el cual han de ser conocidas y estudiadas por las generaciones que deben sucederlas. No es tan solo la historia el libro en que se escriben el genio y las costumbres de los pueblos, sino que lo son tambien los monumentos con que durante su vida enriquecen la tierra y legan al morir á la posteridad. Jamas se puede conocer mejor la religion de los fenicios como cuando la estudiamos en Balbek, ni la grandeza y civilizacion de los egipcios se ve en ningun lugar tan bien como en frente de las célebres pirámides, ó entre las ruinas de la famosa Tébas. El viajero que despues de algunos siglos atraviese

las ondas del Océano para ir á estudiar la civilizacion de los pueblos que la conquista europea trasplantó al otro lado del gran golfo mejicano, encontrará vestigios de un esplendor que asombra y de una piedad á todas luces grande. Estos son los sentimientos que revelan los suntuosos monumentos levantados en Méjico durante la dominacion española, monumentos destinados á sobrevivir, segun parece, al pueblo en cuyo seno nacieron. Quien haya visitado la famosa catedral, la obra mas espléndida que de este género construyeron los españoles en América; quien se haya detenido alguna vez para admirar las soberbias estatuas que decoran su fachada, la majestad de las columnas que sostienen sus altas bóvedas, la riqueza y multitud de adornos que hermocean su tabernáculo, no habrá advertido quizá que todos esos objetos son la historia que describe á grandes rasgos el fervor edificante de otro tiempo; que el oro, la plata, las piedras preciosas, los ricos mármoles y las exquisitas pinturas que alli ve, fueron durante tres siglos amontonados por la devocion de los ciudadanos que corrian á porfía á depositar sus ofrendas en la casa del Señor, y que en estos actos espontáneos que la fe inspira á los ciudadanos nadie puede intervenir mas que su conciencia y su corazon, su voluntad y su amor. Todos los pueblos de la tierra explicaron sus creencias de la misma manera y á su devocion se deben los mas bellos monumentos religiosos que son el orgullo del linaje humano. Una observacion queremos hacer para rectificar ciertas falsas ideas propaladas por algunos, y es que la Iglesia católica fué la primera que, mostrando la justicia y el noble desinterés que la anima

en todos sus actos, puso límites á las donaciones de los fieles, cuidando que en ningún caso pudiese el donante perjudicar los derechos de otro.

Estas mismas reflexiones inspira el célebre santuario de Guadalupe, cuyo nombre venerable se extiende sobre toda la tierra y adonde he visto agolparse á cada momento multitud de personas de todo estado y condicion social. Las riquezas acopiadas en su recinto son debidas á la devocion ardiente que anima al pueblo mejicano hácia su augusta tutelar « que se deja ver sobre la cumbre del Tepeyac, presentando en su bella imágen el iris de paz, señal segura de la reconciliacion y de la alianza que por su medio celebró el verdadero Dios con la ciudad de Méjico (1). »

Mas otra consideracion me inspiraba todavía la vista de estos lugares. Allí mismo donde hoy existe la célebre catedral de Méjico se elevó ántes un templo dedicado á Huitzilopochtli, dios de la guerra, cuyos sacerdotes hacian correr sangre de víctimas en el mismo recinto donde hoy se ofrece la sangre inmaculada de Jesucristo. A veinte mil llegaba el número de aquellas anualmente y setenta mil fueron inmoladas en la dedicacion de ese templo : los corazones palpitantes de aquellas fueron ofrecidos á los inmundos ídolos como preciosa oblation; el entusiasmo frenético de los aztecas llegó á tal grado que el padre inmolaba á su hijo querido y la madre contemplaba tranquila á su hija subiendo la ensangrentada escala que conducia al lugar del

(1) Sermon de Guadalupe, S. D. D. José María del Barrio y Rangel.

sacrificio, donde sus descuartizados miembros serian distribuidos por el sacrificador para servir de manjar á sus semejantes. Doscientos templos contaba la capital de Méjico cuando llegaron allí los españoles, y en todos se ofrecian aquellos sacrificios crueles á diferentes divinidades. « Jamas he podido pasar por en frente de la suntuosa catedral de Méjico sin sentirme profundamente conmovido, escribe un literato de nuestros dias. Aquí he dicho entre mí mismo, dentro de estos sagrados muros donde ahora incesantemente se ofrece la sangre pura y sin mancha del Cordero divino, se derramaba todos los dias, hace trescientos años, la sangre impura de millares de victimas humanas. Aquí donde dóciles hoy los mejicanos á las persuasiones de unos ministros celosos aprenden á perdonar y á olvidar las injurias, á compadecer sinceramente al prójimo, á tomar parte en sus aflicciones y á amarle como á sí mismos, veian en otro tiempo á sus bárbaros sacerdotes despedazar á los infelices cautivos que habian tenido la desgracia de caer en sus manos; y bien distantes de reprobar tan atroz inhumanidad, la aplaudian y celebraban con grande y repetida algazara. ¡ Qué diferencia! ¡ cuánto va de religion á religion (1)! »

Los nobles mejicanos que ardian en deseos de hacerse gratos á sus dioses frecuentaban estos templos, asistian á esos sacrificios y los enriquecian con preciosos dones. La piedad ostentada en los templos abria á los ciudadanos con frecuencia el camino para los primeros puestos del

(1) *Cartas mejicanas*, Ilmo. señor D. Benito María de Moxó, carta xii.

imperio haciéndolos populares. El espíritu se conmueve y el corazón se aflige al pensar en esos espectáculos degradantes. Jamás se comprende mejor la extensión de los males que padece el hombre condenado á tinieblas y ceguedad como cuando se le ve ensangrentar sus manos en los cadáveres de sus semejantes, presentar á ídolos monstruosos los miembros mutilados de estos y sentarse á la mesa para hartar su vientre con manjares preparados con carne humana. Los que en el ser racional privado de la fe cristiana se empeñan en mostrarnos al « hombre natural, » si son consecuentes con sus principios no podrán ménos de aprobar también aquellos sacrificios y regocijarse con el espectáculo de esos banquetes. Es el « hombre de la naturaleza » quien los solemniza, y en honor de divinidades que representan también á la misma naturaleza. Quien se obstina en defender que no ha sufrido extravío la especie humana cuando la vemos consumando actos tan repugnantes, ó tiene perturbada su razón, ó ha perdido el conocimiento de su propia dignidad, ó ha caído en las mismas tinieblas en que vivieron sepultados aquellos desgraciados mejicanos.

Cuando aquellos templos caían, cuando los altares de Huitzilopochtli eran purificados para que sobre ellos se erigiesen otros nuevos al verdadero Dios, y cuando el Evangelio dominó en la gran capital del imperio mejicano, entonces la ciudad de Méjico se hizo célebre por otra clase de instituciones, así como lo había sido ántes entre los paganos de América por el número crecido de sus templos y la muchedumbre de sacrificios que en ellos

eran ofrecidos. La primera inspiración del espíritu cristiano fué levantar de su postración á esas mismas razas indígenas, numerosas como las arenas del mar, que poblaban las vastísimas provincias que la guerra había sujetado al cetro del rey de España. Los que han mirado la conquista de América manchada con los negros borrones de injusticias, violencias y crueldades que en ella cometieron los españoles, no examinando la historia sino por una de sus fases, no fueron imparciales. No queremos averiguar hasta qué punto sea verdadero ese largo proceso que se ha hecho contra los españoles, ni tampoco si las crueldades que se imputan á estos dejan atrás á las que los hijos de la Gran Bretaña cometieron y cometen en la India y á las que los norte-americanos han consumado en la ocupación de la Florida y de la California; pero si afirmáremos que ningún otro conquistador aventajó á los españoles en generosidad para plantear en sus colonias instituciones directamente útiles á los pueblos que sometían á su obediencia. Apenas el cañón de Cortés hubo cesado de tronar contra Méjico, y cuando la espada castellana estaba teñida todavía en la sangre de los soldados de Motezuma y de Guatimocin, ya esos mismos conquistadores establecían en Méjico colegios para educar á los niños de los vencidos; de tal modo que, en esos que nada habrían visto otros conquistadores fuera de esclavos viles destinados á servir en los ministerios más bajos de sus casas ó en las faenas más pesadas de sus haciendas, los católicos españoles vieron hermanos y como á tales procuraron ilustrarlos y hacerlos útiles para la sociedad

de que eran miembros. Despues que el rey de España habia otorgado los privilegios de la nobleza á los hijos de los príncipes y caciques del imperio mejicano y dado providencias acertadas para que fuesen educados á costa del real erario, en casi todas las provincias del imperio fueron apareciendo grandiosas instituciones en beneficio de los demas indigenas desprovistos de recursos. Escuelas, hospitales, asilos y colegios nacieron en los lugares donde existian ántes los inmundos adoratorios reducidos á ceniza por la artilleria de los generales españoles.

Aun se conservan en la capital muchos establecimientos de beneficencia que tuvieron su origen en aquella época remota; semejantes á esos grandiosos restos que saludamos de la época gloriosa de Tébas y Balbek, rodeados de escombros y en medio del desierto, así viven aquellos entre los trastornos y las trasformaciones del imperio mejicano. Queremos fijarnos solamente en el colegio de huérfanas debido en su origen á la accion de la Iglesia y de sus ministros, sostenido por estos con ternura paternal y confiado hoy á las hermanas de la Caridad, como representantes de la beneficencia del Evangelio en todos los ángulos y bajo todos los climas de la tierra. Colegios de igual naturaleza encontramos instituidos en Guadaluajara, Morelia, Puebla, San Luis y en casi todas las ciudades episcopales, siendo muy notable que de todos ellos, el que no debe su fundacion á la caridad de los obispos, cuenta al ménos alguno de estos entre sus mas insignes bienhechores. Mil rasgos hermosísimos ha conservado la historia de esa ardiente caridad que realizó sacrificios

sin cuento y que animó á los prelados mejicanos cuando acababan aquellas bellas fundaciones con gloria indecible de la religion y de la patria. ¿Quién no se siente conmovido leyendo en la vida del obispo de Michoacan, D. Vasco de Quiroga, esa tierna solicitud con que fundaba un número increíble de hospitales para indios, mestizos y españoles? ¿Quién no participa de las santas emociones de su noble corazon, viéndole realizar obras tan admirables como los tres colegios de niñas que dotó con abundancia? ¿A quién no asombra, en fin, despues de verle tan generoso con los demas mientras vivió, observar que muere pobre y careciendo aun de los vestidos necesarios para cambiar los que llevaba puestos como lo exigia su última enfermedad? ¿Y quién olvidará jamas los infinitos sacrificios de los obispos D. Fray Garcia de la Guerra, D. Francisco Seija y D. Juan de Palafox, á quienes debió Méjico tantas fundaciones para socorrer necesidades gravísimas y urgentes? El sentimiento católico se enorgullece en presencia de estos hechos que publican en idioma que todos comprenden la beneficencia que formó en todos los siglos su carácter. Tan hermosos rasgos viven escritos en los preciosos monumentos que, no obstante el vandalismo de la revolucion y la anarquía de medio siglo, subsisten todavía en pié. El espíritu de Dios que en medio de grandes calamidades hace brillar su bondad para salvar á la sociedad de los males de todo género que la circundan, en la República Mejicana ha mostrado que en todo tiempo vivifica á su Iglesia y fortalece á sus pastores para que con sus sacrificios alejen á los pueblos

de la ruina que les amenaza. Un obispo reducido en nuestros dias á la mendicidad, perseguido por los enemigos de la Iglesia, sin haber perdido lo mas mínimo de su carácter firme y enérgico, decia al Sumo Pontífice : « Destituido como me encuentro de todo recurso y sometido casi á la dura necesidad de mendigar lo mas indispensable para vivir yo y los clérigos que necesito para llenar debidamente mi ministerio, estoy dispuesto no obstante á cooperar á la empresa eminentemente católica á que somos invitados los obispos de América... La religion es la única tabla en que puede salvar su vida una sociedad moribunda. Y para animar la fe y restituir á esa religion su esplendor, no ha podido inspirar sino Dios el gran pensamiento que todos los obispos americanos estamos llamados á realizar en favor de la ilustracion de nuestro clero (1). » Poco mas ó ménos hablaba de la misma manera otro obispo desde el rincon de un colegio de misiones, adonde habia llegado buscando asilo durante la cruel persecucion que le hacia el gobierno cuando se apoderaba por fuerza de los bienes de su Iglesia.

Otros establecimientos existen en Méjico que en sus vastas proporciones, en su noble forma y en su objeto mucho mas noble todavía, muestran hasta dónde alcanzó el celo de los ciudadanos de la República Mejicana; pero como molestaríamos si quisiésemos hacer aun cuando no fuese mas que una imperfecta reseña de todos, citaremos por conclusion solamente dos que por su importancia y por los resultados que dieron á la sociedad

(1) Ilmo. señor obispo de Chiapas.

deben ser colocados en lugar muy preferente. El uno es el colegio llamado de los Vizcainos, establecido para auxilio de las niñas menesterosas que en él encontraron educacion y porvenir todo el tiempo que estuvo en situacion de corresponder al piadoso fin de sus virtuosos fundadores; el otro es la universidad, semillero fecundo para Méjico de hombres cuya ciencia será durante largos años uno de sus mas bellos ornatos. Establecida en 1552, dueña poco despues de uno de los mas suntuosos edificios construidos en Méjico, ordenado su sistema por leyes que recibió de obispos eminentes por su sabiduria, y multiplicados en su recinto los ramos de enseñanza hasta merecer un lugar distinguido entre las universidades que mejor reputacion gozaban en el siglo diez y ocho, fué para los prelados de la Iglesia mejicana objeto especial de solicitud y de amor. Diversas dotaciones de sus cátedras, diversos premios designados para los estudiantes mas distinguidos, y diversas asignaciones que existieron con el objeto de proveerla de elementos para que pudiese producir frutos abundantes en beneficio de la nacion, se deben á su generosidad y á ese celo que mostraron siempre para proteger las instituciones destinadas á propagar las luces. La revolucion política imprimió en este instituto venerable su huella desoladora : un gobierno que se preciaba de liberal y protector de las luces, echó por tierra este monumento insigne (1). Los salones en cuyo recinto durante tres siglos no habia resonado sino la voz noble del que ilustra

(1) Año de 1855.

el entendimiento del que no sabe, fueron oídos los gritos de reclutas acuartelados : la rica capilla donde celebraban los estudiantes sus ejercicios de piedad fué trasformada en taberna y sus pinturas y halajas, sus rentas y posesiones aplicadas á objetos extraños. Restablecida nuevamente, jamas pudo recobrar su primitivo esplendor, porque estuvo siempre sometida á las mismas convulsiones que experimentaba el Estado en cuyo seno existia. Su plan de estudios recibia variaciones cotidianas, sus profesores mas distinguidos eran destituidos de sus cátedras y sus rentas, disminuidas por efecto de la revolucion, no podian sufragar como en otro tiempo los cuantiosos gastos que pedia su sosten en el grado de lustre y esplendor antiguo. Finalmente, en 1857 fué de nuevo suprimida y sus fondos, debidos á las donaciones de individuos que podian disponer libremente de sus bienes, fueron aplicados á objetos diversos de los que señaló la voluntad de sus donantes.

Cada vez que el hombre considera esa serie de alternativas que ofrecen en América las instituciones mas dignas de la constante proteccion de los gobiernos, tiene que lamentar tambien las consecuencias funestas que acarrear á la sociedad las violentas conmociones que dan en tierra con aquellas. Ningun país de América fué tan favorecido como Méjico durante la dominacion española con establecimientos públicos de educacion, y ningun otro ha visto á la autoridad puesta con mayor descaro al lado de revolucionarios codiciosos de los bienes que estaban destinados á remediar la suerte de los pobres y de los desvalidos. Ninguno de los gobiernos de

América, repetimos, ha extendido su mano con tanta audacia sobre esos santuarios de la caridad y de la inteligencia como el de Méjico, para destruirlos y destruir tambien con ellos las esperanzas de tantos infelices en cuyo beneficio estaban abiertos. La caridad, la beneficencia, la ilustracion, el honor nacional mismo, estaban comprometidos á conservarlos, como que formaban su historia nacional, por decirlo así; mas ese afan de adquirir riquezas que tan fácil acceso encuentra en almas vulgares, suscitó la violenta persecucion que ha reducido casi á completa nulidad á los que no arruinó totalmente. « Nuestra Universidad, decia al presidente de la república el rector de ella, es el cuerpo científico mas antiguo de cuantos existen en la república : fundada poco despues de la conquista de Méjico, ha atravesado con lustre y gloria mas de trescientos años; erigida con la autoridad pontificia, cuenta en su favor con la sancion del vicario de Jesucristo; hermanada con las mas célebres y esclarecidas de Europa, su nombre ha sido respetado por los sabios de todos los países, y en la dilatada serie del largo catálogo de eminentes hijos que numera, se encuentran no pocos cuyos nombres forman el orgullo nacional. Su historia es la historia de las ciencias en el país, y Méjico puede sin rubor presentar á la faz del mundo la prueba de una sólida y brillante ilustracion en la historia de su Universidad (1). » Voces tan justas fueron desatendidas y la supresion de la Universidad de Méjico se llevó á efecto.

(1) Doctor D. José María Díez de Sollano, *Exposicion al gobierno de la república*, etc.

Cuando la historia publique tantas arbitrariedades como esta, cometidas por gobiernos que titulándose progresistas combaten no obstante á muerte por destruir los elementos que existen en la nacion para hacerla progresar, aquellos hechos parecerán fabulosos á todos los que no han vivido en la época aciaga en que sucedieron. Nosotros los hemos presenciado sin embargo, y hemos presenciado tambien la indignacion que producen en todo corazon noble que abriga celo y amor por los intereses de su patria. Los hombres para quienes esta vive solo en los labios, y cuyo primer pensamiento es explotar su nombre en su exclusivo provecho, son los que realizan aquella triste verdad. Los pueblos se levantarán un dia para pedirles cuenta de la injusticia de su proceder, y el fallo solemne que darán confirmando el que ya pronunciaron á una todas las almas generosas, condenará á los egoístas que destruyeron cuanto la sociedad tenia de grande por enriquecerse ellos mismos con sus despojos.

Despues que principiaron á suceder hechos como estos, Méjico ha visto aniquilarse casi totalmente ese espíritu ardiente y caritativo que realizaba tantas grandes fundaciones con inmensa utilidad de la nacion entera. Ni las donaciones piadosas, ni las instituciones de caridad tienen lugar en la distribucion que los ricos hacen de sus caudales, desde que los gobiernos contaron entre sus arbitrios los fondos donados en favor de aquellas por los particulares. Apénas faltó la garantía que daban las leyes, declarando sagradas é inviolables las propiedades de esas instituciones, dejó de existir tambien la con-

fianza pública y ya nadie quiere correr el peligro de que su dinero vaya á servir á un destino contrario á su voluntad. Todo hombre que ama la justicia sabrá apreciar hasta qué punto es racional ese temor.

